

Cosechas de Cuarentena:
“Volver a sembrar”

En el jardín de Juana los pájaros que antes se mantenían a distancia, comenzaron a acercarse más y más. A veces ella estaba en la terraza con la puerta abierta y veía cómo, como quien no quiere la cosa, un chincol pasaba entre sus pies y entraba a explorar a la casa. Las visitas se fueron haciendo más frecuentes. Llegó un momento en que el chincol venía todos los días. Atravesaba el living, recorría el pasillo, entraba a las piezas, se instalaba frente a una ventana y dejaba manchas blancas en el mueble, siempre en el mismo lugar. Ya era habitual su presencia, y Juana decidió llamarlo Pepito.

Ella no quería asustarlo, así que lo miraba de lejos hacer sus evoluciones, maravillada de que así como recorría las habitaciones y llegaba al muro del fondo de la casa, Pepito podía rehacer el mismo trayecto de vuelta y salir. Le parecía reconfortante que él viniera libremente y le gustara estar ahí. El interior de su casa ya parecía ser parte del mundo del pajarito y él, parte del mundo de Juana.

Comenzó a pensar que algo especial atraía su instinto explorador. Tal vez percibía en el interior el oasis de paz que ella se había esforzado en construir. Siempre era Pepito el único audaz, con su pequeña toca en la cabeza y su disimulada desenvoltura. Hasta trabaron una cierta amistad, y cuando ella se acercaba no salía volando sino que a saltitos mantenía su “distancia social”. A ella le daba una enorme alegría verlo y saber que se sentía en confianza. Pensaba que tal como ella había vencido el miedo de encontrarse consigo misma, también él había perdido el miedo a su cercanía. Y otros pájaros comenzaban a acercarse más y se adueñaron del jardín. Y ella sacudía el mantel en la terraza y dejaba en el suelo las migas para ellos.

Pero salió a veranear, y se perdió esa rutina de visitas. Cuando volvió, un mes después, Pepito no apareció. Ella esperaba que viniera pero nunca lo volvió a ver, salvo en las fotos que juntó de él durante sus incursiones. Hasta que un día entró a su pieza y un pajarito salió volando y se golpeó con la ventana. Vió que no era Pepito. Este era muy lindo y también muy diferente. Nunca lo había visto. Era muy pequeño y gris con blanco, y pensó que tendría otro visitante asiduo, pero el pajarito se asustó muchísimo al verla y comenzó a desesperarse por salir. Mientras más trataba, más infructuosos eran sus intentos. Se chocaba en las ventanas y en los umbrales y no lograba encontrar una salida. En su afán de huir voló adentro del closet. Ahí se refugió en el rincón más inaccesible y se quedó quieto. Ella imaginó las huellas que iban a quedar sobre su ropa, pero la angustiaba más su indefensión y su miedo. Había tratado de tomarlo con suavidad pero no la dejó. Su pecho saltaba y los ojos le hicieron ver lo desesperado que estaba. Cada vez que ella se acercaba, se agitaba y revoloteaba de nuevo chocándose fuerte con el umbral. Con todas las ventanas abiertas, Juana se sentó a ver el atardecer esperando que el visitante encontrara la salida antes de que llegara la noche. Se hizo oscuro. Siguió esperando. Cuando era hora de dormir, quiso creer que ya había salido. Ya había cerrado la ventana y apagado la luz cuando sintió un ruidito de alas topando con algo. Se demoró en descubrir que estaba metido detrás de un radiador, donde era imposible alcanzarlo. Agitaba las alas de cuando en cuando, cada vez más débilmente. Ella se lo imaginaba temblando, atrapado y a la vez demasiado asustado para dejarse ayudar. Me espera una noche de muy poco sueño, pensó. Ya era muy tarde cuando notó que el pajarito se estaba dando por vencido. Se permitió deslizarse de su apretado escondite y caer al suelo. Se quedó quieto, resignado a su suerte y recién ahí ella pudo acercarse, tomarlo con cuidado y liberarlo en la otra oscuridad, la de afuera. Se fundió con la noche.

Ella trató de dormir, pero estaba inquieta. Algo se trizó en su pequeño oasis. Ella pensaba que había vuelto a su casa, para, más descansada, recomponer su minúsculo territorio de certeza dentro de un mar de incertidumbre. Pero era como si el pajarito le hubiera traído un mensaje. No era Pepito, a éste no le gustaba estar allí. Estar en lo desconocido lo agobiaba. Se sentía amenazado. Con su desesperación por salir de su entrapamiento la había hecho mirar en él su propia vulnerabilidad. Como si dijera tú tampoco sabes dónde está la salida, tú también tienes miedo. No tienes control como creíste. Lo que aprendiste, ya no basta. Este es un nuevo juego. Otra vez estamos en el inicio. Otra vez, volvemos a ser aprendices sin un manual.

Esa noche Juana se quedó pensando, y supo que tenía que volver a sembrar.

Por Teresa Soto (Seudónimo)